



Post COVID-19: retos para Iberoamérica



José Carlos Díez*
Universidad de Alcalá

La COVID-19 ha provocado una crisis económica muy intensa; la duda es cuál será su duración y cuántas cicatrices dejará, especialmente en clave de pobreza y de deuda. Ojalá no se hubiera producido esta pandemia, pero no se puede desaprovechar una crisis para iniciar un periodo de cambio.

La COVID-19 ha sido la primera gran pandemia global del nuevo milenio. Desde 1970 el número de personas que viajaban en avión se ha multiplicado por veinte veces. El virus se detectó en una provincia desconocida de China, pero en la que la industria italiana había deslocalizado buena parte de su producción textil. Pronto llegó a Milán, Madrid, Londres, Nueva York, Ciudad de México, Sao Paulo y las grandes urbes del planeta. Los grandes núcleos urbanos son un gran atrayente de actividad y desde ellos se expandió al resto del territorio dentro de cada país.

Seguimos midiendo el desarrollo humano con el PIB y nos encontramos ante la peor depresión económica conocida. Los gobiernos, en general, minusvaloraron lo sucedido en China. El virus comenzó a conocerse en diciembre y el gobierno chino

* Profesor de economía de la Universidad de Alcalá y asesor del PNUD para América Latina

tardó un mes en tomar medidas de confinamiento extremo. Lo mismo que sucedió en Iberoamérica. En España han encontrado restos de COVID-19 en aguas residuales desde enero y el confinamiento llegó a mediados de marzo. El sistema de salud colapsó y el confinamiento extremo fue inevitable para reducir el número de muertes que aun así fue muy elevado.

En Alemania actuaron antes y su sistema de salud tenía muchas más camas en unidades de cuidados intensivos que España, y eso les permitió evitar el confinamiento extremo y que el número de muertes haya sido mucho menor. La previsión de caída del PIB para 2020 en Alemania es la mitad que en España. Brasil y Uruguay tienen frontera. Brasil tardó mucho más en tomar medidas y su crisis económica será muy intensa. Uruguay es un caso de éxito mundial en la gestión de la pandemia y su PIB caerá menos que el brasileño. Desde el principio hicieron tests masivos a la población, con reactivos producidos dentro de Uruguay. Cuando alguien daba positivo rastreaban sus contactos y les hacían la prueba rápidamente. Y a todos los positivos los confinaban. Uruguay es una economía pequeña y muy abierta y sufrirá una profunda crisis económica por la caída de sus exportaciones, pero habría sido infinitamente mayor de no haber gestionado con éxito la pandemia.

Por lo tanto, el principal reto para Iberoamérica es mejorar sus sistemas

de detección temprana de contagios y su capacidad de rastreo. El PNUD en su último informe de *Desarrollo Humano* advirtió del peligro de la brecha digital para la desigualdad. Hablaba en clave de personas, pero la COVID-19 ha demostrado que también es clave para los países. Corea del Sur, Taiwán y los países nórdicos son los más avanzados en digitalización y son los que mejor han gestionado la pandemia, los que menos muertos han tenido y los que menor impacto sobre la economía. Suecia es la excepción que confirma la regla. Es un país líder en digitalización pero se equivocó no tomando medidas de confinamiento y distanciamiento social y ha sido uno de los países con más muertos por habitante. Por lo tanto, la tecnología es condición necesaria para combatir el virus, pero no suficiente.

Para reducir el riesgo de la brecha digital el gran reto de Iberoamérica es la educación. Ya era el principal reto para reducir la desigualdad y la pobreza extrema antes de la COVID-19, pero la pandemia hace más necesaria aún una revolución educativa. Los niños, además del lenguaje para comunicarse y el lenguaje matemático, ahora deben aprender lógica y el lenguaje de las máquinas. Los que hoy no estén educados con cultura digital es altamente probable que sean pobres o tengan trabajos precarios en el futuro.

El siguiente gran reto en medio de la era de la tecnología global es desarrollar proyectos de inversión

rentables en entornos competitivos. Adam Smith ya nos advirtió de que esta es la clave de la riqueza de las naciones. Y el economista Joseph Schumpeter —en su teoría del Desarrollo de 1911— nos advirtió de que la clave son los empresarios innovadores. El capital empresarial es un proceso acumulativo y para acelerarlo es necesaria la intervención pública. Pero esa intervención también debe ser de un estado emprendedor y no planificador, como defiende en la actualidad la economista Mariana Mazzucato, continuadora de las ideas de Schumpeter. La universidad debe ser el centro de la innovación, pero es necesario transformar el conocimiento y la investigación básica en inversión y empleo. Ese es otro gran reto que los países asiáticos han superado y en el que a Iberoamérica, aunque lo ha alcanzado en las últimas décadas, le queda mucho por hacer.

Cuando algún empresario iberoamericano tiene un proyecto con potencial de ser rentable en entornos globales tiene peores condiciones que sus competidores estadounidenses o asiáticos para acceder al capital, clave en un sistema capitalista. Las bolsas de valores están muy poco desarrolladas en nuestra área y el capital riesgo también. En Estados Unidos las inversiones en capital riesgo suponían antes de la crisis el 35% del PIB y el 4% del PIB en Europa.

En España los fondos de ese tipo cuentan con el apoyo del Banco

Europeo de Inversiones y del Instituto de Crédito Oficial con fondos de fondos. Si las inversiones del fondo son en empresas innovadoras locales, los fondos públicos entran como un inversor más acompañando a la inversión privada y cediendo la gestión. El Banco Interamericano de Desarrollo y la Corporación Andina de Fomento también están desarrollando ese tipo de fondos y los gobiernos deberían desarrollar los suyos y complementarlos.

En Europa el Banco Europeo de Inversiones y la Comisión Europea están desarrollando el *Green Deal*. La crisis ha golpeado duramente a las empresas y al empleo y hay planes de política económica para reactivar la economía. Pero los recursos son escasos y el plan propone concentrar las inversiones en sostenibilidad, economía circular y digitalización. Realmente no es un plan de reactivación: es un plan de política industrial y de política tecnológica a medio plazo que también ayudará a crear empleo a corto plazo y a salir de la crisis.

Para los países americanos el plan sería muy necesario. El sol es la nueva fuente primaria de energía más barata para producir electricidad e Iberoamérica tiene más horas de sol que los países del norte. Las placas permiten el autoconsumo y llegar a los tejados de los edificios en las ciudades y a zonas remotas rurales sin necesidad de fuertes inversiones en redes de alta

tensión. Y los robots no suben a los tejados, por lo que esas inversiones generarían mucho empleo a corto plazo y aumentarían la competitividad de las economías a medio plazo.

La digitalización ha avanzado más en estos meses de pandemia que en el último lustro. Muchos empresarios han descubierto que el teletrabajo es una realidad y que les permite ahorrar muchas horas de viajes y reuniones. La nueva realidad será mixta con menos horas de oficina y más de trabajo en remoto y será una gran revolución que modificará la movilidad de nuestras ciudades, los mercados de oficinas, la restauración, etcétera.

El internet de las cosas permite ya poner sensores que te dan información en tiempo real de las necesidades. Esos datos se gestionan desde la nube a un coste 100 veces inferior al de hace 25 años y permite el desarrollo de sistemas de inteligencia artificial programados por los funcionarios públicos que toman decisiones repetitivas y de fácil solución. Para las decisiones difíciles seguirá siendo necesaria la inteligencia humana y para las decisiones comunitarias la inteligencia política.

La educación será determinante en una economía del conocimiento. Iberoamérica debe tener más científicos de datos y desarrollar esos sistemas de datos y de inteligencia artificial en sus países. Eso determinará la riqueza de las naciones en el nuevo

milenio. Los países que desarrollen sus sistemas estarán en la vanguardia y los que importen esos sistemas serán países atrasados.

Para las decisiones difíciles seguirá siendo necesaria la inteligencia humana y para las decisiones comunitarias la inteligencia política.

La tecnología también permite que la innovación sea social. El 75% de la inversión en la próxima década se estima que se hará en ciudades. Hay que diseñar ciudades para competir, pero también para convivir y para compartir. La hominización comenzó cuando el *Sapiens* bajó de los árboles y caminó con dos patas. Pero la humanización comenzó en el neolítico cuando comenzamos a vivir en comunidad, comenzamos a cooperar para pasar y desarrollamos el lenguaje, el conocimiento y la cultura.

Ya lo explicó Adam Smith: ***“Ninguna sociedad puede ser feliz y próspera si la mayor parte de sus ciudadanos son pobres y miserables”***, Iberoamérica, al igual que el mundo, ha reducido significativamente la pobreza severa en las últimas décadas, pero tenía un grave problema de desigualdad antes de la crisis de la COVID-19. La pandemia ha afectado especialmente a los trabajadores más precarios y del sector

informal, y la desigualdad y la pobreza severa han aumentado con fuerza en 2020. El PNUD estima que este año el Índice de Desarrollo Humano (IDH) sufrirá su primer retroceso en tres décadas y hasta el nivel de 2015.

Desde las inversiones en infraestructuras, hasta la gestión de los servicios públicos elementales o los planes de lucha contra la pobreza deben modernizarse.

Al mismo tiempo la crisis ha provocado una caída de los ingresos públicos y un fuerte aumento de los déficits y de las necesidades de emisión de deuda de los países. Y en muchos casos, la caída de ingresos de exportación, déficit exterior y aumento de la deuda externa. España y Portugal forman parte del euro, un área con credibilidad monetaria y de estabilidad de precios, y eso permite que el Banco Central Europeo compre masivamente sus deudas públicas y permita financiar sus déficits a tipos de interés próximos al 0% (de momento). En América del Sur algunos países como Colombia y Chile han tomado medidas de este tipo, pero con menor intensidad.

El resto de países iberoamericanos no tienen ese prestador de última instancia y muchos han pedido líneas de liquidez al FMI. Hay cinco veces más países que han solicitado ayuda financiera al

Fondo que en 2008, lo cual permite tener el sentido de la magnitud de la crisis provocada por la pandemia. El Fondo tendría que ampliar capital para poder atender toda esa demanda y hasta 2021, cuando hayan pasado las elecciones en EEUU, no es previsible que eso suceda.

La inestabilidad financiera ha despertado el fantasma de las crisis de deuda de los años ochenta y noventa, y varios países están en negociaciones para reestructurar sus deudas. Con menos recursos públicos, problemas de financiación y acceso a los mercados de capitales, el margen de los gobiernos para hacer frente a la pandemia y a los retos futuros es muy limitada. Por eso la innovación y la tecnología deben ser un aliado para con los mismos recursos aumentar la eficacia de las políticas públicas. Desde las inversiones en infraestructuras, hasta la gestión de los servicios públicos elementales o los planes de lucha contra la pobreza deben modernizarse. En la historia de la evolución humana siempre que hay un problema de escasez de recursos se ha resuelto con más inteligencia.

La clave es potenciar el ecosistema de innovación local y conectarlo con el resto de ecosistemas del mundo. En esto la universidad es clave y cualquier estrategia de innovación debe tener a la universidad en el centro del ecosistema. Es necesario que el conocimiento en la universidad tenga una visión práctica y que esté conectado con las necesidades

sociales y de proyectos de innovación identificados por las empresas o por los organismos públicos para resolver retos concretos y hacerlo de manera competitiva como se resuelven en otros países más avanzados tecnológicamente que el tuyo. Y llegar a un equilibrio entre eficiencia y equidad social. La universidad se creó con una visión humanista y es clave en esta nueva era de cambios profundos mantener ese espíritu.

Daron Acemoglu y James Robinson en su libro *Por qué fracasan los países* recuperaron la tradición del análisis institucional para analizar el desarrollo de los países que comenzó con Adam Smith y cristalizó en un premio nobel de economía para Douglass North. La tesis de North es que las instituciones son el sedimento de décadas y se ven condicionadas por el entorno socioeconómico de cada país. Por eso copiar instituciones de éxito en países desarrollados, como pretendió el Consenso de Washington, es la estrategia más segura para el fracaso.

Los países iberoamericanos entraron en la crisis de la COVID-19 con niveles mínimos de aceptación por parte de sus ciudadanos de la democracia y sus instituciones. Y todo es susceptible de empeorar en esta crisis donde no solo está en cuestión la economía, el desempleo o la cohesión social. Está en cuestión el modelo de democracia representativa que debe adaptarse a la nueva realidad social, especialmente de los jóvenes.

España y Portugal, gracias a su entrada en la Unión Europea, pasaron a formar parte de un sistema jurídico reforzado en el diseño de las leyes y en su cumplimiento. Las instituciones multilaterales en América Latina no funcionan con ese nivel de compromiso y de eficiencia. Como sucedió en el proceso europeo habría que empezar con las instituciones de integración comercial. El tamaño del mercado determina el tamaño empresarial, la productividad y el desarrollo tecnológico. En América Latina es necesario avanzar en las reglas de integración comercial y que incluyan la sostenibilidad social y ambiental para orientarlas a los Objetivos de Desarrollo Sostenible de Naciones Unidas.

En cuatro años de Donald Trump en la Casa Blanca el sistema multilateral de gobernanza mundial ha retrocedido varias décadas de avances e Iberoamérica no ha sido inmune. El presidente de Estados Unidos pretende romper la regla no escrita para que el Presidente del Banco Interamericano de Desarrollo no sea un iberoamericano y varios países del área le apoyan. Seguramente la presión de EEUU debe ser intensa, pero en clave de desarrollo institucional para el área sería una pésima noticia.

Las democracias nacionales son soberanas, pero sería necesario que cuando cambia el color político del gobierno se respeten avances institucionales de los gobiernos anteriores acordados con el resto

de países. Para ello es necesario que en la negociación de esos acuerdos multilaterales los gobiernos de cada país busquen los consensos internos para que luego sean resilientes, condición necesaria para la institucionalidad.

Asia fue un continente que despertó en los años ochenta y África está despertando ahora. En Iberoamérica hay que cambiar la visión triangular del Atlántico y pasar a una visión cuadrangular que incluya a África además de América y Europa. Para ello la conexión iberoamericana es clave y hay que reforzarla. Las Cumbres Iberoamericanas han resistido la crisis de 2008 y ahora son más necesarias incluso que cuando se crearon.

Hasta el pasado año la imagen de la globalización era un barco con contenedores. La COVID-19 nos ha hecho comprender que estamos más integrados que nunca y que somos más eficientes, pero más vulnerables. Por eso es necesario recuperar la agenda de gobernanza global y será clave el resultado de las elecciones de EEUU. Joe Biden defiende esta tesis y habla ya de un nuevo Bretton Woods que, además de multilateral, debe ser multicultural para reflejar la nueva realidad geopolítica mundial.

La pandemia ha provocado una crisis económica muy intensa, la duda es cuál será la duración de la misma y cuántas cicatrices dejará, especialmente en clave de pobreza y de deuda para las

siguientes generaciones. Los retos de antes de la crisis se acentúan: pobreza, desigualdad, cambio climático, etcétera. Los riesgos son enormes y hay que gestionarlos. Ojalá no se hubiera producido esta pandemia, pero no se puede desaprovechar una crisis para iniciar un periodo de cambio. Los filósofos griegos lo denominaron *Kairos*.

El cambio climático es el gran reto con las generaciones futuras y tendrá consecuencias económicas muy graves. Pero también es una gran oportunidad para diseñar planes de inversión y crear empleos que la crisis ha destruido. El dilema es si subvencionar sectores y empleos que no tienen viabilidad o invertir en los sectores de futuro en la era de la tecnología global. La clave es involucrar a las empresas y a las familias en el proceso y que parte de la inversión sea privada. Por ejemplo, el sector fotovoltaico será uno de los que más empleos crearán en el mundo en la próxima década. Instalar placas fotovoltaicas en los tejados de los edificios reduce el coste de la electricidad para las familias y les ayuda a pasar mejor la crisis, crea muchos empleos a corto plazo y reduciría significativamente las emisiones contaminantes sin necesidad de aumentar el déficit y la deuda pública.

Reducir la informalidad y mejorar las instituciones permitirá reducir la economía sumergida y aumentar la recaudación y los recursos para hacer políticas públicas. La clave

es una gestión eficiente del gasto público para evitar crisis fiscales que acaben siendo financiadas con emisión monetaria e inflación. La mayoría de países iberoamericanos han conseguido erradicar ese mal en las últimas décadas y hay que preservar la estabilidad macroeconómica para no cometer los errores del pasado.

El pasado es incierto y el futuro es ilusionante. La prioridad es luchar contra el virus y reducir el número de muertes que está provocando. Cuanto más eficaces sean los países en la gestión de la pandemia, menor será el impacto sobre la economía y menor será el esfuerzo en la fase de

reconstrucción. Es necesario elaborar escenarios alternativos y tener preparados planes de contingencia. Y hacerlo siempre mirando al futuro y afrontando los enormes retos que la humanidad tiene por delante.

Iberoamérica en las últimas décadas ha erradicado las dictaduras, ha reducido significativamente la pobreza y ha vivido su mejor periodo de avance en el desarrollo humano. Eso nos debe dar confianza para afrontar el futuro, pero necesitamos un plan.

Como nos enseñó Séneca: “***Si no sabes hacia dónde se dirige tu barco, ningún viento te será favorable***”.